

Manuel Vilariño Tectónica

CENTRO GALEGO DE ARTE CONTEMPORÁNEA
Santiago de Compostela

Comisario: Alberto Ruiz de Samaniego

Inauguración: 19 de marzo a las 20:00 h
Del 19 de marzo al 21 de junio de 2015
Hall, Planta baja, Doble Espacio

Puede utilizar el siguiente enlace para descargar el dossier en pdf
y las imágenes en alta resolución:
<https://www.dropbox.com/home/MANUEL%20VILARI%C3%91O>

Manuel Vilariño

Tectónica

Tectónica no es una exposición más de Manuel Vilariño (A Coruña, 1952). Lo que aquí se plantea es una prospección en el universo creativo y poético de este autor, pero con una perspectiva que nos permita aproximarnos a su obra desde un ángulo o una visión inédita. Se trata, efectivamente, de posibilitar un trabajo de *corte tectónico*, en un uso metafórico del término, esto es, indagar y evidenciar cuáles son las líneas de sostenimiento que fundamentan su reflexión estética y que explican, al modo de un impulso continuo y un contrapunto, todas las realizaciones plásticas y poéticas —la propia experiencia vital— de este creador tan singular. Esta exposición quiere buscar los lugares donde se cobija el silencio o el asombro original del acto creativo, también el esplendor de las imágenes allí donde estas fulguran quizás por vez primera.

La exposición se ha pensado a partir de cuatro grandes vetas o apartados temáticos y formales: Música, Poesía, Ciencia e Imagen. En cada uno de estos estratos de experiencia sensible se podrá contemplar una serie de referencias fundamentales en la trayectoria de Manuel Vilariño, al tiempo que se contextualiza y explica el universo estético del autor, no sólo con ejemplos de

sus obras, sino, asimismo, a través de la presencia de su voz, sus objetos, obsesiones y lecturas, sus viajes y sus referentes culturales, musicales y de conocimiento.

Ahora lo sabemos, *la lección de las cosas que pasan* es la lección que nos había estado mostrando siempre Manuel Vilariño. Por medio de sus versos o de sus imágenes inmemoriales, arquetípicas, que circulan desde la realidad más elemental —un nido, una piedra volcánica, una madera calcinada, el vuelo de un pájaro o la sombra de un ala— hasta las figuraciones más amplias y envolventes —una montaña que surge entre la niebla, el océano como metáfora de un espacio ilimitado de energía—, lo que este artista ha ido persiguiendo a lo largo de un ya muy extenso proceso de trabajo es, por decir así, el sueño inagotable y voraz de la llama de la vida. Su tránsito o su combustión en

medio de una continua generación y pérdida. El juego metafísico, también, que está hecho de ausencia, promesa, resto y renacimiento o brote.

Las fotografías o las palabras de Vilariño siempre han buscado manifestar o convocar eso que los tratados de las religiones han llamado lo *numinoso*. “Lo numinoso —ha escrito Mircea Eliade en *Lo sagrado y lo profano*— se singulariza como una cosa *ganz andere*, como algo radical y totalmente diferente: no se parece a nada humano ni cósmico; ante ello, el hombre experimenta el sentimiento de su nulidad, de ‘no ser más que una criatura’, de no ser, para expresarse en las palabras de Abraham al dirigirse al Señor, más que ‘ceniza y polvo’ (*Génesis*, XVIII, 27).” La fotografía atrapa así el calor negro y radiante que va dejando su huella zoológica en la forma de una peligrosa marca. Lo que la imagen de Vilariño capta es el temblor fascinante de una existencia que circula y desaparece como un camino de liquen lo hace en la espesura donde canta, lejano, un pájaro. La poesía o la imagen brotan desde este cerco crepuscular y, al tiempo, iniciático: inicial. En el refugio, nido, celda o guarida destinada a las metamorfosis más penetrantes y oscuras. De ahí que toda la tensión del acto poético se trace, como ya sugiriera un poeta de constante lectura para Vilariño, J. A. Valente, en el recorrido entre el pájaro y la red, o entre su canto y el nido o la jaula.

Esa es la danza, la música, el *ritornello* ávido, incluso ansioso, de la existencia. Como el hueso del cráneo y la tabla bwa, como el fuego o la cúrcuma, la crin de los caballos o, singularmente, el cobre que en esta exposición ha trabajado por vez primera el artista, la materia no es más que el lugar de las grietas y de su danza brillante. La superficie de un crepitar donde la fulguración del color designa la enumeración de muy diversas tierras, luces,



Manuel Vilariño: *Tesoiras*, 1983

© Manuel Vilariño, VEGAP, Santiago de Compostela, 2015



Manuel Vilariño: *Abada*, 2010. © Manuel Vilariño, VEGAP, Santiago de Compostela, 2015

fluctuaciones, tensiones. La energía, como decimos, incansable de la tierra y la vida, de la muerte y su abertura de fondo. Ese su fondo alquímico donde todo parece consumido porque todo, al cabo, se regenera.

Asomarse o sentir ese fondo produce sin duda hechizo y vértigo, deslumbre y desorientación. Por ello es necesario tratar de instaurar un punto fijo, un centro donde la visión sea posible. Ese es el lugar del canto, allí donde surge, por ejemplo, la canción del pájaro. Melodía exultante de vida, integrada también agónicamente en el hondón de la naturaleza. El punto de contemplación que es el acto poético mismo o, por citar a un poeta que está presente en esta exposición, Wallace Stevens, la poesía en tanto que “triunfo de la contemplación... El genio poético elige un sendero estrecho en el que la pasión se sosiega y el sosiego se apasiona”. El nido, la montaña, los postes o cilindros de cobre apuntan simbólicamente a esta fundación de un centro visionario. Al esfuerzo por establecer un centro del mundo, sabiendo que para vivir en él hay que fundarlo. Son puntos de invocación poética —no solo en el sentido más común de este término, sino también en el uso que de él hacían los griegos: *poiesis* como creación del mundo, justamente—. Construcciones, por tanto, cuya orientación ritual apunta a la

dimensión de un espacio que supera lo meramente profano. En este sentido, los cilindros de cobre que ha instalado el artista en el espacio de entrada del museo funcionarían como imágenes visibles y simbólicas de los pilares cósmicos. Así, por ejemplo, la tribu india de los kwakiutl, cuyas costumbres estudió el antropólogo Franz Boas, cree que un poste de cobre atraviesa los tres niveles del universo: el mundo subterráneo, la tierra y el cielo. Pero esta obra de los dioses que es el universo ha de ser, a su vez, recogida e imitada a escala por los hombres. Solo así se hace presente, por medio de este poste sagrado, el eje del mundo, el *axis mundi* en que se sostiene y expande la totalidad de lo real. Por otro lado, en tanto que umbrales, todos estos lugares tienen sus espíritus guardianes, criaturas o materias que, como dioses, los defienden de toda potencia enemiga o aciaga. Es en el umbral donde se ofrecen, precisamente, las ceremonias y sacrificios a las divinidades tutelares, donde muchas culturas (Babilonia, Egipto, Israel) han situado, también, el acto decisivo del Juicio.

Todo en la obra de Manuel Vilariño remite a este fondo impulsivo, salvaje, inmemorial. Territorio originario, preverbal diríamos, donde el aullido de Ginsberg o los sonidos de la música genesíaca de Olivier Messiaen se confunden con el

martilleo letánico de las descripciones apocalípticas de *The Waste Land* de T. S. Eliot. Sucede como si el propio resonar de las herramientas como de herrero mitológico que el fotógrafo atesora se correspondiese con el bramido y la impulsión de las propias bestias que retrata. He aquí, sin duda, el *canto de la tierra*. O, mejor aún, por decirlo con lo que la expresión, otra vez, de Wallace Stevens tan bien ha condensado: la presencia del *ángel necesario* de la tierra, a través de cuya visión *la tierra se vuelve a ver*. Este canto, la acción misma del ángel, evocan sin duda un comienzo, el tiempo mítico en el que el mundo todavía no existía o estaba en proceso de aparecer. Una dimensión cosmogónica o plutónica que las serpientes, las brumas, las tierras de lava, las arenas de playas elementales y los volcanes que Manuel Vilariño acostumbra a fotografiar manifiestan de forma tan plástica, superlativa.

Visión, pues, donde las montañas míticas y extremas de los volcanes de Islandia acarician las brumas o los vapores que discurren por sus picos y laderas. O donde las lindes del bosque rozan las hojas y las huellas de los animales de la noche. En la imagen, en definitiva, siempre afloran presencias desnudas que anidan y fulguran en la sombra. Es esa visión, esa fascinación la que imanta y paraliza la mirada del contemplador. La que fija la

atención del fotógrafo o del caminante tomado, atrapado, desbordado por la sorpresa del mundo. Es ese silencio y esa oscuridad —oscuridad y silencio que un aleteo, una tonada o un aullido rompen o interrumpen— lo que, como una campana, provoca el éxtasis y el espanto, el temblor asombrado del espectador, del paseante del bosque. Entonces, igual que hace la lechuza que a veces ha retratado Manuel Vilariño —ese animal que tiene el poder de ver de noche—, el artista asiste al engendramiento de lo visible en lo invisible mismo, al vínculo entre la física, la vida natural y su principio o impulso originario.

Esta iluminación oscura, que es la noche oscura de que hablara Juan de la Cruz, produce, efectivamente, un éxtasis brusco, pasivo, ininteligible. Como si el sujeto se sintiese invadido por una ola como del otro mundo, por una sacudida y una aniquilación que las imágenes y, a menudo, los poemas de Vilariño tratan de atrapar y transmitir. Escenas desfallecientes o crudas, tránsitos de tinieblas y descomposiciones; ámbitos donde los cuerpos o los ojos abismados alcanzan finalmente la noche más profunda, la noche enigmática y estelar. La abertura que es el fondo donde la vida se demora y también, finalmente, se desmorona, como criatura atraída por esa radiación negra que brota de la tierra misma, de su fuego y vértigo mortal.



Manuel Vilariño: *Lejano Interior #28*, 2011. © Manuel Vilariño, VEGAP, Santiago de Compostela, 2015



Manuel Vilariño: *Ala solitaria*, 2015
© Manuel Vilariño, VEGAP, Santiago de Compostela, 2015

A esa noche insondable, que es la de la vida misma —noche que es también en la que habita el animal—, desea asomarse el poeta, el creador, el fotógrafo. Se asoma, como apuntamos, con éxtasis y con espanto. Porque aunque esa noche también es o fue él mismo o reposa en él mismo, de ella, sin embargo, se ha separado. Animal no natural, animal incluso, como quería Nietzsche, problemáticamente no-determinado, el hombre es, al cabo, un animal técnico. Con sus herramientas y sus saberes, sus disciplinas de química o botánica y sus mapas, su escritura y sus cámaras. Sus lecturas y caminatas. En verdad toda esa técnica es también él mismo, su prolongación natural, la exteriorización, por así decirlo, de su esqueleto y de sus músculos, de su sistema nervioso y su imaginario.

De este modo, lo que apreciamos en *Tectónica* es la confluencia de estas distintas técnicas que forjan una vida. Y específicamente una vida concentrada en asomarse y, aún más, *dar a presencia* esta noche, esta oscuridad vital, y por tanto humana y más que humana. A través de la metáfora del pájaro, el canto y el vuelo, por medio, por ejemplo, de figuras simbólicas de alcance intemporal —como la montaña, el nido, la ceniza, el cráneo, el *axis mundi* o la celda metafísica que ha elaborado para esta exposición—, Manuel Vilariño despliega toda una serie de *lugares de presencia*. Escenas de entrada para un enigma esencial; ámbitos de meditación y, al tiempo, de exposición del hombre a lo abierto de su existencia misma. Como la propia celda o jaula existencial que el artista ha colocado en el exterior del edificio del CGAC, esta muestra en cierto modo *anamnésica*, pues configura la recapitulación de toda una trayectoria de vida —y al tiempo y con ello también un *memento* o una elegía *de y por* los seres queridos desaparecidos—, elabora una suerte de relato de implicaciones metafísicas y fenomenológicas de estirpe, diríamos, *platónica*. Algo, es cierto, hay de la mítica caverna del filósofo griego en la celda que ha construido Manuel Vilariño. Tal vez, efectivamente, el conocimiento y la visión permitan ampliar el tamaño de la jaula. Acaso el lenguaje, la poesía, la creación nos permitan ir un poco más lejos dentro de la celda. Es posible que el arte, el conocimiento, la música, la imagen y la poesía consistan simplemente en eso: tratar de escapar de esos barrotes o esas rejas agobiantes que nos mantienen presos en nuestra propia no-determinación, en nuestra innaturalidad.

Alberto Ruiz de Samaniego

CGAC

DEPARTAMENTO DE PRENSA Y COMUNICACIÓN

Rúa Ramón del Valle Inclán 2

15703 Santiago de Compostela

Tel.: 981 546 602 / Fax: 981 546 625

cgac.prensa@xunta.es

www.cgac.org

galicia



**XUNTA
DE GALICIA**

Con el apoyo de:

